

mo señalan los clásicos, una llama que anima el espíritu urbano y que plantea preguntas, propuestas y soluciones en la ciudad presente. En este sentido, este libro no es sólo un recurso para conocer un determinado pasado de Algeciras; es un compendio de información extremadamente útil a la hora de debatir sobre los posibles modelos urbanos para las Algeciras del futuro.— VÍCTOR FERNÁNDEZ SALINAS

*El derribo de las murallas de Cádiz**

El libro que comentamos es un sucinto tratado de geohistoria, que supera en forma amplia la microhistoria y la geografía local, de singular interés para los historiadores, urbanistas, geógrafos y gran público. Es una obra amena, galanamente escrita, y particularmente útil para los especialistas iberoamericanos, debido a la histórica ligazón entre esta ciudad-puerto fortificado de Cádiz y los principales núcleos comerciales amurallados del ámbito hispano americano. Aquí se puede consultar con propiedad la honda transformación de esta urbe y comparar la visión que tuvieron de ella nuestros viajeros ilustrados del siglo XVIII y temprano siglo XIX, con las innovaciones que se desencadenaron tardíamente a partir de 1906 con el derribo de parte de sus murallas. En efecto, para viajeros, comerciantes y presos patriotas, la monumentalidad de sus murallas estaba omnipresente en sus percepciones y recuerdos gaditanos, como se puede observar en las miradas, entre otros muchos de Francisco de Miranda o de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde, primer Conde de Maule.

Mas aún, varios de los proyectistas, cartógrafos y constructores de estas murallas gaditanas las construyeron como arquetipos y centros de prácticas para las que construyeron en América, imitando en gran medida no sólo morfología, tipos y materiales de construcción, sino también conformaciones de atalayas, puertas, baluartes y otros artilugios de los reales ingenieros y arquitectos coloniales. Entre otros, como se señala en varias partes de esta obra, múltiples ingenieros y cartógrafos de experiencia en la conformación de las murallas gaditanas siguieron su obra en las fortificaciones americanas, siendo los casos relevantes de Manuel Hernán-

dez, Luis Díez Navarro, Antonio de Arévalo, Alberto Mienson, Luis Huet, Silvestre Abarca. Aun hoy se pueden observar rasgos gaditanos en las murallas de Cartagena de Indias y en varios fuertes del sur de Chile, Peru y Ecuador, que se deben a Alberto Mienson, o en las fortificaciones del castillo del Morro en La Habana derivadas de las obras de Silvestre Abarca.

En efecto, las murallas de Cádiz han sido el elemento básico de su estructura morfológica y de su bello paisaje portuario y comercial, posibilitando la perdurabilidad de la construcción monumental de esta gran Plaza Fuerte Atlántica Hispánica y su irradiación americana. Ello se ha redoblado por la posición geográfica de esta ciudad en el extremo mas suroccidental de la Península Ibérica, lo que facilitó su papel como punto de partida y de llegada de todas las corrientes de navegación, comerciales, financieras y culturales que desencadenaron los navíos de la Carrera de Indias, acrecentadas después del decreto de libre Comercio de 1778. Este esplendor epigonal se expresó en excepcionales construcciones de los grandes comerciantes gaditanos, que cesaron en su espectacularidad en el período de las guerras revolucionarias.

Mas tarde, la fuerza de diversos factores políticos y económicos entre los cuales destacó la pérdida de las colonias ultramarinas españolas, fue convirtiendo a estas murallas gaditanas en un relicto paisajístico, que cercaban el progreso e impedían el modernismo en su traza urbana y portuaria. No es casual, que a comienzos del siglo XX, ya consolidada la pérdida de Cuna, Filipinas, Puerto Rico y otros territorios, el alcalde de Cádiz en octubre de 1905, asociaba el amurallamiento de la ciudad con su decadencia, agravada por la pérdida americana:

«Sábese que los desastres coloniales han afectado mas que a ningún pueblo de la península al pueblo de Cádiz, que no es mas que un barco aislado en medio del océano y que al mar debe cuanto pueda ser mañana» (pág. 164).

Así, a comienzos del siglo XX, era un anacronismo el mantenimiento de estas fortificaciones, lo que contrastaba con la mayoría de las ciudades españolas, que ya habían superado ampliamente los límites de sus murallas históricas, derribándolas e integrándolas fácticamente en sus respectivos procesos de crecimiento urbano, en especial en espectaculares ensanches y arbolados bulevares, que aún siguen caracterizando a varios de estos núcleos urbanos españoles. Proceso que también se imitó, con poca gracia a nuestro entender, en algunas ciudades fortificadas del Caribe y del Pacífico Occidental Iberoamericano, con derribos de espectaculares mu-

* Juan Manuel SUÁREZ JAPÓN: *El derribo de las murallas de Cádiz. Crónica de una transformación urbana*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1999, 253 págs.

rallas con excepcionales belvederes, para dar paso a congestionadas avenidas entre campos de hábitat subintegrados o sitios eriazos.

La investigación de base de esta obra del doctor Juan Manuel Suárez Japón se fundamenta, en gran medida, en la utilización de fuentes hemerográficas, complementadas con exhaustivos análisis de libros de viajeros, bibliografía crítica y estudios precisos de fuentes cartográficas, fotográficas, literarias y de determinados recuerdos orales. Destaca el empleo de la prensa gaditana, lo que permite al autor la reconstrucción de específicos cambios paisajísticos de la ciudad y de los dilemas que se plantean entre la conservación o la destrucción de los cuatro frentes amurallados que cercan la ciudad: el Frente de la Bahía, el Frente de Tierra, el Frente de Poniente y el Frente del Sur o Banda de Vendaval.

Los diversos capítulos de este libro se agrupan en dos partes, que se complementan armoniosamente. En párrafos preliminares el autor logra proporcionar un panorama comprensivo del proceso global geográfico, desde un punto de vista teórico, sobre la temática del sentido del derribo de los recintos amurallados. La primera parte, del mayor interés para los latinoamericanos, está consagrada a la descripción del complejo proceso geohistórico mediante el cual la ciudad de Cádiz fue dotada, en especial desde el siglo XVII como consecuencia del asalto inglés de 1596, de un perímetro completo de murallas, recinto en el que colaboraron los mas conspicuos ingenieros militares y otros expertos en fortificaciones. Serán de consulta obligada para geohistoriadores, historiadores y urbanistas americanos, estas

páginas, puesto que aquí podrán ver descrita la pormenorizada labor gaditana de múltiples cartógrafos, arquitectos e ingenieros, que trasladaron sus experiencias a la saga urbanizadora iberoamericana. El autor da especial atención a la configuración del borde amurallado y fortificado de la Bahía, sector escogido para ser derribado a partir de 1906.

La segunda parte de la obra, de mayor interés peninsular, está dedicada al estudio del largo proceso mediante el cual la ciudad de Cádiz insertó el derribo de las murallas del sector costero en el conjunto de sus mas inmediatas y urgentes necesidades urbanísticas. Subcapítulos de interés se desarrollan en forma amplia al tratar los cruciales temas de la conexión muralla-puerto, los problemas de la urbanización de los espacios liberados con la conformación de nuevos barrios, la disposición de los materiales de desecho y la plusvalía del suelo. Lo cierto es que la ciudad de Cádiz fue ya ulteriormente otra en su borde de la Bahía.

A modo de colofón dejemos la palabra a Juan Manuel Suárez Japón:

«Una verja separadora de los dominios portuarios y una ancha calle que bajaba desde las Puertas de Tierra compusieron un nuevo paisaje, en el cual las arboledas y jardines del Paseo de Canalejas y el amplio recinto de la Plaza de España, presidido por el Monumento a las Cortes, constituyeron y constituyen todavía referentes esenciales. Las viejas murallas que separaban históricamente a la ciudad de las aguas de su bahía quedaron reducidas tan solo a los restos amurallados de San Carlos, donde todavía es posible subir a pasear, y ahora como entonces, asomarse a los pretilos para ver desde allí las superficies azuladas del mar».

PEDRO CUNIL GRAU